

tente inteligencia, así como nos fatigó con muestras despiadadas de su caligrafía. Eran muchas las facetas que ofrecía a la perspectiva irónica, y las cito porque están en la raíz de nuestro acercamiento. Luis Felipe supo imponerse lentamente a la ironía, supo dismantelar los artificios y ofrecer su rostro intangible, empeñado en que lo viésemos tal cual era. Lo hizo con esa lentitud que era su sino. No hubo en él vacilación ni titubeos. Iba por un claro sendero, y parecía convencido de que con sólo el seguirlo aprenderíamos a medirle la rectitud y la intención. Y así fuimos descubriendo su corazón y su lealtad.

Yo le debo a Luis Felipe Guerra muchas horas importantes de mi vida universitaria. Conversaciones frecuentes de su época adolescente, en que me iluminó ciertamente la claridad de su fe, su preclaro sentido de auténtico cristiano, que él utilizó con sagacidad que ahora evoco para reconvenir amistosamente mi pretendida heterodoxia. Conversaciones fecundas sobre lecturas filosóficas, en horas en que se perfilaba su evidente vocación. He sido con certeza el más beneficiado con esas conversaciones. Una amistad naciente lo vinculó definitivamente a mis actividades: trabajó con un grupo de estudiantes en la organización del curso de Preseminario. Incorporado más tarde a la docencia, robustecida nuestra amistad, fui su cordial interlocutor sobre temas vinculados con Ortega y Bertrand Russell, y me instruyó sobre el mundo de Teilhard de Chardin, que por entonces lo atraía con la seriedad que podemos rastrear en el libro que le dedicó.

Es muy duro para un maestro comprobar cómo se van los que creíamos más fuertes, los que debían enriquecer la semilla, los que estaban destinados a mejorarnos. Pero no se trabaja en vano en la Universidad; nos quedan de Luis Felipe muchas cosas hermosas, indecibles, imposibles de dejar hoy acá, con su cuerpo ahora inhábil. Nos queda su lección humana de hombre íntegro. Nos queda acá dentro el eco prodigioso de su voz cansada, que será siempre el síntoma de que Luis Felipe Guerra vive en nuestro corazón y seguirá con nosotros en la diaria labor de escrutar cómo crece la juventud y nos vaticina una patria nueva, y cómo se forja en los jóvenes el progreso y cómo se alimenta en ellos la sana necesidad de superarnos.

30º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE RIVA-AGÜERO

El 25 de octubre de 1974 se conmemoró el trigésimo aniversario del fallecimiento de José de la Riva-Agüero y Osmá. Se efectuó una romería ante su tumba en el cementerio de Lima, y en dicho acto el señor Oswaldo Holguín Callo, del Seminario de Historia, pronunció el siguiente discurso:

No quieren estas palabras rememorar la pródiga personalidad del Riva-Agüero literato, tan castizo como ático en su prosa, ni intentan pergeñar el trazo de su vigorosa actividad humana, de imborrable impronta en época de la historia harta en dolor y en esperanza.

Más bien, desean evocar al maestro, al hombre de vocación peruanista, pues quizás en ella sea donde mejor y más propiciamente se bebe del añejo vino que su dueño supo enriquecer a lo largo de toda su existencia.

Peruanidad, es decir, historia de amalgama y geografía salpicada de civilizantes huellas, es el vocable que nos señala el concepto de lo nacional como fruto, florido en rojos y blancos, de ingratos y alegres momentos. Y es también el llamado que escuchamos cuando aprehendemos, en lo hondo de sus sinceras expresiones, el olor, el color, la fibra del ser de este Perú tan caro para quienes, al conjuro de su nombre, se han

comprometido con el destino de la comunidad humana asentada por estos lares de la América Latina.

¿Por qué el Riva-Agüero maestro nos demanda palabras de recuerdo y, a la vez, de reafirmado compromiso? ¿Será tal vez porque nos ha legado una obra de sobresalientes contornos pedagógicos en los no superados juicios de sus *Carácter de la literatura del Perú Independiente* y *La historia en el Perú*? ¿O acaso porque él mismo colmó su vida de instantes plenos de enseñanza, bien con la acción, bien con la palabra? Sí, y, además, porque nos dejó una herencia muy valiosa... un tesoro imposible de tasar, pues inconmensurable es su lección de comprensión del Perú.

El historiador busca en el pasado, dentro de la elusiva masa de sus hechos, un hilo conductor, no importa su entidad, que deleve la intrincada realidad que surge del silencio. Al descubrirlo, logra plasmar una imagen o una idea coherente y convincente por los fundamentos que la sostienen. Riva-Agüero, afortunado inquisidor del acervo nacional, no sólo halló un hilo, sino afirmó la trama y la urdimbre de un pasado iluminado en veces, oscurecido en otras, que tal es la historia de nuestro pueblo.

Comprendió el Perú, describió su suelo y trazó con maestría su legendario rostro, surcado de emociones graves y risueñas. Y en comprendiéndolo, lo recreó y le dió la forma que su buena fe le aconsejaba e imponía. En su concepción del Perú, desde entonces, creemos descubrir, como en los magníficos frescos del renacimiento italiano, inextinguibles fuentes de apreciación y comentario, sin que alejemos del diálogo la entonada y exigente síntesis de la investigación presente.

Nos preguntamos ¿por qué estamos aquí? Respondamos, con certera y serena palabra, porque al maestro Riva-Agüero hemos querido recordar en este día, a treinta años de su muerte, que si opinable es su sentido de lo práctico, es de incontestable valía la lección espiritual que él, maestro genuino, nos enseña desde cada página de su obra, con emocionado verbo y no extraño consejo, pues quiere que entre nosotros se haga más pleno el voto solemne de la peruanidad.